

GACETA MEDICA DE MEXICO

PERIÓDICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

TOMO V.

MEXICO, 15 DE JULIO DE 1905.

2ª SERIE.—NUM. 14.

BIOGRAFIA.

ELOGIO DEL DR. SECUNDINO SOSA

PRONUNCIADO

POR EL DR. RICARDO E. CICERO

AL TOMAR POSESIÓN
DE LA PLAZA QUE HABÍA QUEDADO VACANTE POR FALLECIMIENTO
DEL DR. SOSA,
EN LA SECCIÓN DE MEDICINA LEGAL DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE MEDICINA.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Si sagrado es el deber al ingresar á esta H. Academia, de hacer el elogio de quien nos precedió en el puesto que vamos á ocupar, doloroso es el motivo que á esto obliga, pues este justo homenaje que venimos á tributar á su memoria no tendría razón de ser si no hubiera partido para siempre, si no hubiera dejado en nuestro corazón un hueco imposible de llenar. ¡Oh ironía de la suerte! ¡Que no se encuentre en el mundo un placer tras el cual no se oculte un dolor! Porque si satisfacción es para mí la alta honra de haber sido admitido en este recinto de la ciencia, el cumplimiento de esta obligación me hace estremecer al recordar que si la eterna segadora no hubiera tronchado con su mano fiera y de modo prematuro una existencia digna de alabanza por mil títulos, no me viera aquí entre vosotros, los grandes sacerdotes de la medicina en nuestro país. Y si á esta consideración de orden general se une la de que quien ocupó este sillón, aparte de ser una lumbrera de la ciencia, fué para mí persona á quien estimé muy particularmente, habiéndome él dado pruebas de corresponder con creces á mi estima, se comprenderá cuánto mayor será la pena que revive en mi pecho en los momentos en que rindo obligado y justo holocausto á su recuerdo.

¡Pobre amigo mío! Aun parece que le estoy

viendo afablemente platicando con los que fuimos sus compañeros en ese progresista plantel que constituía para él como un segundo hogar, en el que con el carácter de Secretario supo siempre secundar con singular acierto las sabias iniciativas de su ilustrado Director, una de las más conspicuas personalidades científicas de nuestro país, como á todos consta, y á quien tenemos la satisfacción, y de esperarse es para bien de la ciencia la sigamos teniendo por muy largo tiempo, de ver entre nosotros todavía rozagante, entusiasta, laborioso, difundiendo siempre cariñoso el caudal de sus vastos conocimientos y ocupando muy merecidamente y siempre honrándolo, uno de los sillones de esta Ilustre Corporación, en la que tanto deploramos no seguir viendo á aquél á quien este elogio dedicamos.

Aun me parece recordarlo tristemente en los últimos días de su vida, próximo á desaparecer del escenario de este mundo, él, que tan pocas veces pudo saborear lo que era la felicidad, y que hacía bien poco había apurado el amargo cáliz de la mayor de sus desdichas: la pérdida de su madre santa y pura. ¡Santa y pura! ¿Qué madre no lo es? Mas para él lo era en archisuperlativo grado, pues en ella estaba concentrado de un modo exclusivo todo su cariño, para ella sólo vivía, por ella sólo se afanaba. Llegado á una edad en que habitualmente ese inmenso afecto, el más noble de todos, no ha disminuído, porque disminuir no puede lo que llena toda la inmensidad del alma; pero ha sido compartido por inexplicable misterio con el de la compañera tierna que se escoge para que nos ayude en los duros trances de la plena edad viril, de esa época de la vida en que la bendecida mujer que nos dió el ser, y nos crió y nos educó y formó nuestra alma y nuestro carácter paga también habitualmente el ineludible tributo á la espantosa parca, dejándonos sumidos en el más horrible desconsuelo, que sólo otra santa como

ella, la esposa dulce y buena, es capaz de hacer sobrellevar; llegó, repito, el Dr. Sosa á los linderos de la edad madura sin más cariño que el de su adorada madre, ¿cuánto más intenso no habrá sido su dolor? Sólo seis días hacía que había sido así desgarrada cruelmente su alma; ni una gota de rocío de la sublime resignación que sólo el tiempo sabe compasivo derramar sobre nosotros en casos tan atroces, había caído en la rebotante copa de su amargura, cuando terrible y violenta enfermedad, una mielitis ascendente aguda, se apoderó audaz y traicionera de su débil cuerpo para aniquilarlo en breve plazo. ¿Comprendéis la intensidad de esos sufrimientos? Pues aun no eran bastantes: dos horribles fantasmas le formaban trágico cortejo: la soledad y la miseria. ¡Sí! aun recuerdo aquel día. Nuestro bondadoso Director del Instituto, que mejor que nadie conocía lo horrible de tan angustiosa situación y cuyo corazón ha estado siempre tan admirablemente organizado para el bien, quiso derramar sobre el alma ya próxima á partir de nuestro amigo un poco de ese bálsamo consolador que parecía negársele, é invitó á todos los miembros del Instituto á que en masa fuéramos á rendir al desdichado hermano que se marchaba el último tributo de imperecedera amistad. ¡Y así fué! El Instituto en masa se dirigió á la humilde mansión que su moribundo Secretario habitaba en la cercana población de Guadalupe Hidalgo, y fué de verse aquella tierna y sencilla á la vez que patética escena. Entramos á la pobre morada y rodeamos el lecho de aquel ser querido y desdichado en quien la parálisis que aleve había inutilizado en breve plazo sus miembros inferiores y sus aparatos digestivo y urinario, comenzaba ya á hacer presa en el respiratorio. Agobiado bajo el peso de tantos males apenas tuvo fuerzas, él, tan elocuente antes, para medio atestiguarnos por señas su reconocimiento. ¡Era demasiado triste la escena! ¡Tuvo que ser breve! Todos salimos de allí profundamente conmovidos y con la convicción de que habíamos hecho verdaderamente una buena acción, de que el que ya se iba llevaba como última impresión de este mundo, tan injusto tantas veces, la de que los que habíamos tenido la dicha de formar parte de la que él reputaba su segunda familia, le queríamos, le estimábamos en todo su valer, juzgábamos su pér-

rida irreparable y le lloraríamos sin consuelo.

¿Y cómo no llorarle, si le adornaban tan bellas cualidades? Vais á oírlas:

Era bueno y era sabio. En estas dos palabras pueden condensarse todas ellas. Y si la bondad por sí sola y también la sabiduría por sí misma bastan aisladas para hacer perdurables los nombres de los humanos, ¿qué no será cuando se hallan reunidas?

Era bueno. Lo demostró muchas veces en su vida. No nació en la opulencia, lo cual bien significa que tuvieron que hacer sus pobres y honrados padres sacrificios para que pudiera hacer una carrera con que mantenerse honestamente. ¿Y cómo correspondió á esos sacrificios? Como corresponden los que tienen un alma buena. Dotado de excelentes facultades intelectuales, comienza á manifestarlas desde su infancia con su acendrado amor al estudio, obteniendo á la edad de 11 años triunfos en el Seminario Conciliar Palafoxiano de Puebla, su ciudad natal. Sobresale en ese notable plantel particularmente en Latinidad, Filosofía y Teología; continúa después dando realce á los sacrificios de sus padres en el Colegio de aquel Estado, conquistando nuevos laureles, y llega más tarde á nuestra amada Escuela de Medicina. En ella sus dotes se perfeccionan y se hacen cada vez más perceptibles; se coloca muy pronto en la fila de los distinguidos, de los estudiantes más aprovechados; estudia apenas 2º año y se atreve á presentarse á concurso para una plaza de practicante del recién extinto hospital de san Andrés que tantas generaciones médicas vió formarse en sus vetustas salas; tiene por competidores á alumnos de años superiores y, sin embargo, logra el triunfo.

En esta época de su vida comenzaron á delinearse los rasgos más salientes que habían de caracterizar su notable personalidad; desde entonces se hace más visible su amor al estudio y como consecuencia su ilustración cada día más vasta, su claro talento, su fácil palabra que sin tropiezo ninguno escalaba los en general poco franqueables peldaños de la elocuencia y su indómita energía, que ¡ay de él! por demasiado indómita llegó en ocasiones á serle fatal. Su carrera continuaba brillante; ingresó á la Sociedad Filoiátrica, esa simpática asociación estudiantil en la que tantos futuros médicos nos

iniciáramos en la vida académica, y en ella destellaron las dotés á que acabo de hacer referencia. Llega por fin el gran día en que la crisálida deja su carapacho y la mariposa despliega sus brillantes alas, el día ambicionado, entrevisto antes tantas veces en los ensueños del claustro, de la biblioteca, en la asistencia á las clases, en el hospital, en la preparación de exámenes, en tantas otras circunstancias; el día cuya luz se ha estado esperando por tantos y tantos años encantadores de la adolescencia, para decir á nuestros padres: Enorgullecóos, soy digno de vosotros, vuestros sacrificios no han sido vanos, me habéis proporcionado hasta hoy los elementos de lucha; me siento ya fuerte; me siento ya hombre, ¡ahora voy á luchar yo! ¡voy á saldar mi deuda! el estudiante ha dejado de serlo; un tribunal competente ha sancionado la bondad de su labor; ¡ya es médico! Y al pronunciar esta sublime frase siente en su interior una delicia tan grande, que quisiera en esos momentos poder saldar brillantemente la sagrada deuda que tiene contraída con sus padres.

La desgracia que aleve caminaba en pos del Dr. Sosa, le arrebató á su padre cuando aún era joven, y él, que siempre había sido buen hijo, sintió acrisolarse el gran cariño que siempre tuvo por su amada madre, y desde entonces fué su firme é inquebrantable sostén; como lo dije antes, por ella sola anhelaba, para ella sola trabajaba, para ella los triunfos que obtenía, para ella el dinero que ganaba.

De su bondad hablamos. El ser tan buen hijo prueba y muy grande era de ella, más no era su único signo. Era además caritativo por naturaleza y sin vana ostentación. Hacía la caridad de un modo discreto, sin que se supiera; le molestaba que se llegara á saberlo; sólo sus más íntimos amigos, entre ellos, nuestro ilustre Presidente, estaban bien al tanto de que poseyera esa hermosa cualidad tan admirable. La tenía desarrollada á tal extremo, que ella fué la causa principal de que no llegara á ser rico, de que al morir no dejara nada. ¡Bella vida! ¡Bello ejemplo! Pero ¡cuán pocos le siguen en el mundo!

Ocupémonos de su sabiduría. Ya referí lo que fué cuando estudiante; cómo su nombre fué desde entonces conocido y pronunciado con admiración. Principió el ejercicio de su profesión con brillante éxito en su ciudad natal, y vista

su competencia se le confiaron en la Escuela de Medicina del Estado, las cátedras de Fisiología é Higiene, que desempeñó, según se nos refiere, con singular acierto, distinguiéndose también como médico del hospital general del Estado. Mas para los altos vuelos de subien dotado cerebro era aquel círculo de acción demasiado estrecho, y después de siete años de honrado ejercicio de su profesión vino de Puebla á México con ocasión de haberse abierto en nuestra Escuela la oposición á la plaza de Profesor adjunto de Clínica interna de 5^o año. Tenía por competidor á un médico que ya tenía alto renombre en la sociedad mexicana, como que llevaba veinte años de honrado y acertado ejercicio; aún tenemos la fortuna de contarle también en el número de los vivos y la satisfacción de verle en esta H. Academia, á la que esperamos siga iluminando todavía largos años con sus luces. En aquella época era yo estudiante y recuerdo con cuánto ahinco asistimos á presenciar aquel torneo. El triunfo merecido fué de su competidor; pero hizo á su lado un magnífico papel, y recuerdo como, desde aquella primera vez en que lo conocimos, nos subyugó con su elocuente palabra. No tenía su figura nada de arrogante; estaba mal dotado por la naturaleza desde el punto de vista del aspecto físico; pero cuando subía á una tribuna se transfiguraba; su dicción era clara, su entonación agradable, su lógica inflexible, sus frases elegantes, cautivaba á su auditorio. La honrosa derrota que en aquella ocasión sufrió le alentó, y poco tiempo después se presentaba de nuevo á oposición á la plaza de Profesor adjunto de Clínica interna de tercer año, teniendo cuatro notables competidores, de los que dos pagaron ya desgraciadamente el duro tributo, mientras los otros dos han visto agigantarse día por día su reputación y ocupan en la actualidad muy distinguidos y merecidos elevados puestos. Eran todos competidores temibles, y sin embargo logró el triunfo.

Por esa época se fundó el Instituto Médico Nacional, y desde su establecimiento hasta su muerte desempeñó en él el puesto de Secretario con mucho tino. Fué además el encargado de dirigir las publicaciones de ese plantel, fundando primero el periódico «El Estudio,» y dirigiendo en seguida los «Anales del Instituto.»

Comenzó á ejercer su profesión en esta Ca-

pital y pronto adquirió gran renombre. Parte por afición, parte por la oportunidad que le ofreció el haber sido nombrado Médico Director del hospital de Mujeres Dementes, se dedicó con particular empeño al estudio de las enfermedades mentales y del sistema nervioso, y mereció ser pronto considerado como el mejor alienista de la Capital. Su reputación fué inmensa en estos ramos, y en los tribunales se consideró muchas veces su opinión como la última palabra en los difíciles casos de *interdicción y de responsabilidad*.

Ocupó el sillón en que voy á tener el insigne honor de sustituirlo desde el 30 de noviembre de 1892 hasta su muerte en 4 de noviembre de 1901. En los diversos trabajos que presentó se ocupó siempre de preferencia de asuntos relativos á las enfermedades mentales y á la epilepsia, tratando en ésta con singular acierto la cuestión de responsabilidad en su trabajo de admisión.

En todos sus trabajos se advertía su sinceridad, su lógica severa, la claridad de expresión; de todos ellos se desprendía siempre alguna enseñanza; creo deben señalarse muy particularmente el que se refiere á las propiedades hipnóticas de la cafeína y el relativo al tratamiento de los epilépticos en México, hecho á petición de la «National Association for the Study of Epilepsy and the care and treatment of Epileptics», de los Estados Unidos.

Esta notable Asociación científica americana quiso honrarle nombrándole miembro honorario y al efecto le envió el nombramiento respectivo junto con un ejemplar de las Memorias de la Asociación, y este eminente honor fué para él póstumo, pues dió la desgracia de que llegarán á la Embajada Americana los documentos y el libro después de su fallecimiento. ¡Ah! cuánto no le hubiera alegrado el haber disfrutado de él siquiera en sus últimos momentos!

Desempeñó también brillante papel en los Concursos científicos de 1895 tratando este importante tema: «Valor de los dictámenes médicos de irresponsabilidad criminal y de incapacidad por trastornos mentales,» en el que hace ver con acopio de datos que ellos, y sólo ellos, pueden y deben ser la base de un buen procedimiento jurídico.

Murió aún joven, de 44 años apenas, cuando todavía podían esperarse de él muchos frutos.

Mucho, muy sucintamente he podido señalar algo de lo que hizo por el bien y el progreso de la ciencia. Mucho le quedaba aun por hacer. Si hubiera tenido la suerte de ver realizado su sueño dorado de llegar al magisterio en la Clínica, habría llegado á ser á no dudarlo, uno de los mejores mentores de la juventud estudiosa, en especial en lo referente á las enfermedades del sistema nervioso y mentales; pues sus dotes pedagógicas, que se revelaron cuando desempeñó gratuitamente la cátedra de Patología Interna y cuando dió Conferencias libres sobre Enfermedades mentales, hubieran llegado sin duda á un grado de perfeccionamiento inmenso.

La Academia no cesará nunca de deplorar su pérdida, pues sus luces eran muchas.

¡Llor eterno al hombre bondadoso y sabio!
¡Paz á sus restos!

México, abril 26 de 1905.

RICARDO E. CICERO.

MEDICINA LEGAL MILITAR.

ENFERMEDADES SIMULADAS

OBSERVADAS

EN EL EJÉRCITO MEXICANO.

(CONTINÚA.)

La simulación de los *vicios de refracción* y en especial la exageración de estos vicios de lesiones profundas del ojo que disminuyan la agudez visual pueden observarse en los soldados aunque muy rara vez y menos raramente en los oficiales, que más ilustrados que los individuos de tropa, adoptan esta exageración en las pocas veces en que creen sacar de ella alguna utilidad. Por lo general, más bien se observan las condiciones opuestas, quiero decir: candidatos á la oficialidad que quieren disminuir su defecto visual para sentar plaza en el Ejército. Se puede decir que ya no es posible en la actualidad simular con probabilidades de éxito la miopía, por ejemplo, supuesto que se puede medir matemáticamente su grado por procedimientos en los cuales la mala fe del observado está sin influencia sobre el resultado